

Breve reseña de su vida

(ofrecida en la web de los dominicos)

Santo Tomás de Aquino nace en el castillo de Roccaseca (Italia) el año 1225. A los diecinueve años ingresa en la Orden de Predicadores. Por indicación de Fray Juan Teutónico, Maestro de la Orden, termina sus estudios en París y Colonia, bajo la guía de Fray Alberto Magno.

A los treinta y dos años Tomás de Aquino es maestro de la cátedra de teología de París. Escribe muchas obras que destacan por su profundidad, admirando a maestros y estudiantes por la claridad, la distinción, la sutileza y la verdad con que procedía en la explicación de tantas y tan distintas materias, como son de ver en los cuatro grandes libros que escribió sobre el Maestro de las Sentencias. Después de París, impartiría docencia en Roma y en Nápoles, dejando entre otras muchas obras la Suma Teológica.

Santo Tomás de Aquino murió en la abadía de Fossanova el día siete de marzo de 1274 cuando iba de camino al concilio de Lyon. Fue canonizado el dieciocho de julio de 1323 por Juan XXII. San Pío V, el once de abril de 1567, lo declaró Doctor de la Iglesia. León XIII, el cuatro de agosto de 1880, lo proclamó patrón de todas las universidades y escuelas católicas.



Santo Tomás es también maestro de oración

He aquí su introducción al Padre Nuestro, según el extracto realizado por M.A. Martínez, O.P.

Entre todas las oraciones, la principal es la que el mismo Cristo enseñó. *En ella se contienen las cinco cualidades que deben estar presentes en toda verdadera oración: la confianza, la rectitud, el orden, la devoción y la humildad.*

La confianza nos permite acercarnos a Dios. Pero supone por nuestra parte una fe inquebrantable, ajena a toda duda o vacilación, por mínima que sea. La confianza que se expresa en la oración dominical tiene su fundamento más firme en su autor, en Cristo, el orante más sabio; como dice la carta a los Colosenses, en él se encuentran todos los tesoros de la sabiduría. Él es un Abogado justo, y el que juntamente con el Padre escucha nuestra oración. Recogiendo unas palabras de san Agustín, Tomás nos dice que de esta oración jamás se sale sin provecho, pues, entre otras cosas, por ella se perdonan los pecados veniales.

La rectitud de la oración consiste en pedirle a Dios lo que verdaderamente nos conviene. Con frecuencia nuestra oración no es escuchada porque -como dice Santiago en su carta- pedimos mal. Tomás reconoce con san Pablo que es muy difícil saber lo que tenemos que pedir: "No sabemos pedir como conviene" (Rm 8, 26). Pero Cristo, nuestro maestro, nos enseña en el Padrenuestro lo que tenemos que pedir a Dios. Por eso, ya san Agustín en su célebre carta a Proba le decía que "si nuestra oración es recta y atinada, cualesquiera que sean las palabras que empleemos, no haremos otra cosa que repetir lo que se encuentra en la oración dominical".

El orden en la oración consiste en anteponer, en los deseos y las súplicas, lo espiritual a lo material, las cosas del cielo a las de la tierra. Así lo enseña el mismo Jesús cuando dice que debemos buscar primero el reino de Dios y su

justicia, y todo lo demás se nos dará por añadidura (Cf. Mt 6, 33). El Padrenuestro se estructura siguiendo este orden.

La verdadera devoción de la oración tiene que brotar de una caridad ejercitada según el doble mandamiento de amor a Dios y al prójimo. Llamar a Dios "Padre" es una forma de expresarle nuestro afecto. Al decir "nuestro" y "perdona nuestras deudas" estamos rogando por todos en general, pues es el amor al prójimo el que nos mueve a expresarnos así.

Con la parábola del fariseo y del publicano Jesús nos enseña **la humildad en la oración**. En la oración dominical la humildad se muestra en que no esperamos alcanzar lo que pedimos con nuestras solas fuerzas sino con el poder de Dios.

Tomás nos habla también de los tres beneficios que produce la oración:

La oración es, en primer lugar, un remedio eficaz y útil contra los males: nos libra de los pecados cometidos y nos obtiene el perdón, como al ladrón en la Cruz. Nos justifica. Nos libra del temor a volver a pecar. Nos libra de las persecuciones y de los enemigos.

En segundo lugar, la oración es eficaz y útil para conseguir todos nuestros deseos. Pero para ello -como dice Jesús- es necesario orar con fe, creyendo que lo que pedimos en la oración lo recibiremos; hay que pedir con insistencia, sin desfallecer, y hay que pedir lo que más nos conviene para alcanzar la salvación. San Agustín decía a este respecto: "Bueno es el Señor, que a veces no nos da lo que queremos, para darnos lo que preferimos".

La oración es útil finalmente porque nos familiariza con Dios.